

Alrededor de la nada; Carta de despedid

Souleen Dell'amico Ciruta

SOULEEN DELL'AMICO CIRUTA

ALREDEDOR DE LA NADA

Air Supply suena en la radio, hacía tiempo que no escuchaba esa canción, mucho tiempo; desde la secundaria, y esa quedó atrás, junto a los carteles con nombres de provincias que venimos dejando de largo desde que salimos de la Habana.

Lena y yo estamos en función de damas de compañía, la gente nos llama por otro nombre, pero nosotras preferimos ignorarlos. Somos Geishas, me agrada tanto el sonido de la palabra que la repito y-la repito hasta perder la voz. Ser Geisha para mí suena igual a decir: Soy Diosa. Es difícil ser Geisha, la revista decía que en el Japón son muy pocas aquellas que llegan hasta el final, las que pasan todas las pruebas.

Ellos quieren construir un hotel y es tarea nuestra mostrarles la playa. Bueno, eso dijimos a nuestros padres. Los padres de las Geishas, deben vivir al margen de la profesión de sus hijas. Lo cierto es que la playa no hay que mostrársela a nadie porque siempre está ahí y de Holguín sé tanto o menos que ellos. En mi vida había pasado de Matanzas, y eso fue estando en tercer grado, cuando me trajeron, a ver las cuevas.

–¡Estamos perdidos!– Anuncia Alessio mirando el mapa que no sé por qué se empeña en llamar carta. –Estamos perdidos, dice y sigue pegado al

timón, con la vista fija en el camino pronto a desaparecer bajo las gomas del Audi que rentaron. Yo cambio la vista hacia el verde que hace rato nos acompaña en este ir y venir interminable, luego empiezo a detallarnos uno por uno.

A mi lado está el Sapo o Sapone como lo llama Lena. Yo simulo que no le veo ni oigo, aunque sé que él está ahí, que siempre ha estado. A veces me toma la mano, me da unos besos entrecerrando los ojos y habla algo que no entiendo y me besa de nuevo y yo cierro los míos con un asco intraducible y pienso en Japón y aquella revista donde supimos de las Geishas.

El hecho de que estemos perdidos no me asusta para nada, al contrario, lo que deseo es no aparecer nunca, así no tendré que ir a la cama con el Sapo ni Lena tendrá que hacerlo con Alessio. Lena va delante de mí, en el asiento del muerto, pero eso es lo de menos. Lena y yo estamos muertas hace mucho, sólo hacemos como si no lo supiéramos. Estamos muertas por dentro, en algún momento algo se nos rompió y salió volando, quizás haya sido el alma y ahora estamos vacías.

A Lena tampoco le gusta Alessio y lo llama el Conejo, aunque a ser sinceros de los dos es el menos horrible. La verdad es que cuando alguien no te gusta, es inútil ver si es más o menos feo, el lío es que no te cuadra y punto.

Según Lena que fue la que empezó con lo de los nombres el problema de Alessio viene en la cama. En cambio el Sapo siempre es eso. Una cosa fría, gorda, babosa, salpicada de manchas, sin pelo, con ojos saltones y una boca que va de oreja a oreja. A Lena le dio mucha risa que al jabón lo llamen sapone. Se rió tanto y en la cara de ellos que se puso roja y tuve que darle por la espalda. Entonces cambió lo de Sapo por Sapone.

A la verdad no sé cómo nos metimos en esta historia de Geishas. No sé que hacemos montadas en este auto, perdidas en una provincia que no conocemos, tan lejos de casa. Al principio lo que hacíamos era faltar a la escuela y montar en el trompo porque a Lena le gustaba el chofer, luego yo me empaté con el conductor, y después las dos los dejamos plantados en cuanto conocimos a los Jimaguas del mercado, que nos regalaban alguna libra de carne de la que vendían una vez por semana, y luego con el administrador de un Rumbos, aquel con pinta de seguroso, con ese estuvimos las dos y luego aquellas señoras tan elegantes y perfumadas que nos regalaron cien dólares a cada una y nos compraban todo el helado y galleticas que quisiéramos así fuimos perdiendo la cuenta y el camino.

De pronto escucho un golpe seco, y un aullido de muerte. Lo matamos— pienso.

—Lo matamos— grita Lena.

Era un perro, lo veo a través del cristal mientras nos alejamos. Hay un silencio incómodo, casi tan incómodo como el Sapo en la cama. Alessio pone cara de pesar. El Sapo mira hacia atrás y se persigna. No son malos

estos tipos, después de todo – pienso, al menos no son peores que nosotras y aun así no puedo dejar de verlos como asesinos, nuestros asesinos.

Seguimos perdidos en medio de la nada, buscando un lugar donde construir un hotel. Un hotel con lugar para mil turistas; al que no quiero entrar, al que nunca entraré. Rodamos por dos horas más.

–¡Siamo arrivati!– dice finalmente Sapone y las caras se les iluminan, mientras la de Lena se apaga y quizás la mía también luzca igual a la suya.

–Los estábamos esperando, al fin aparecen –dice sonriente un hombre de uniforme y lleva las maletas hacia adentro.

Es una casa de visita o algo así. Lena me mira con el asco dibujado en el rostro, yo reconozco el mensaje desde el primer momento. Estamos perdidas y somos pésimas Geishas. Descendemos del auto, y tarareo la canción que hace mucho dejó de existir en la radio mientras caminamos hacia la casa.

«Estamos perdidas» pienso y no digo nada. Miro a Lena con sus botas de invierno, con este calor y ella anda en botas. Lena creció de golpe. Ahora se quedó sin ropas ni zapatos. Somos pésimas Geishas– me digo– ellas deben andar en zapatos de madera finísimos y nada les da asco. No se puede tener escrúpulos en esta profesión.

Ellos se ocupan de las maletas, del pago, no sé, cualquier cosa que se pueda arreglar con un carpeta en una casa de visitas. De pronto me dan ganas de gritar que soy menor, agitar mi tarjeta al viento, pero una Geisha no puede darse esos lujos. Recuerdo a las señoras, aquellas señoras elegantes y perfumadas, así me gustaría ser cuando crezca y regalarle cien dólares a la gente y comprarles lo que quieran comer, cualquier cosa con tal de hacerles felices.

–Ven, Lena– propongo. Ella no habla y me sigue sin mirar por donde la llevo, sin protestar. Nos alejamos, corremos sin detenernos. –No darán con nosotras– le digo, y sin saber por qué empiezo a llorar. –Estamos vacías, Lena, muertas. Quizás ya no quiera ser Geisha. Ella me abraza muy fuerte, como si tratara de revivirme con sus brazos. Nos quedamos mirando la una a la otra. –¿Podremos salvarnos?– pienso– mientras Lena me da un beso muy largo, uno que todavía me dura cuando Sapone nos alcanza.

Carta de despedida

Quiero que sepas, Dany, ahora que te vas, lo mucho que vamos a extrañarte. Estoy segura de que nadie en el aula va a decirlo, por eso te estoy escribiendo esta nota pequeña que podrás llevarte contigo, y leer cada vez que quieras. Nadie en el aula va a decirlo, porque a todos nos gusta hacernos los duros, y preferimos hacer como si no nos importara, cuando no es así.

No es así, porque cuando te hayas ido no sé de quién nos fijaremos para copiar la tarea de matemáticas cuando esté muy difícil; ni a quién regalaré mi leche cuando me traiga flores, ni sé si me traigan flores nunca más.

Ahora que irás a otra aula, en otra escuela, con otra maestra, en otro país, y vivirás en otra casa muy lejos de la tuya y de la mía; es bueno que sepas que acá tienes amigos que te quieren, que te querrán siempre y cuando te sientas solo. Sé que te vas a sentir solo, podrás pensar en nosotros si eso te ayuda. Piensa en nosotros cuando nos reíamos juntos en el parque y jugábamos. Piensa que estamos riéndonos, aunque también nosotros estemos tristes por tu partida.

Puede que no nos volvamos a ver hasta que seamos grandes y vengas de visita, o a lo mejor ni eso.

Eso todos lo piensan, lo hemos estado pensando desde que supimos que te ibas, pero nadie lo dice. Y no es que sean malos, si no lo dicen es porque no quieren hablar de cosas tristes, o que no tienen remedio, cosas que por ser pequeños no podemos cambiar. Sé que nadie lo dice, porque nadie quiere llorar.